

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 9 Número 2 (Diciembre 2021)

Marta González Cañete
"Obsesión"

Para citar el artículo

González Cañete, Marta. "Obsesión" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 9.2 (2021):

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Obsesión

Zacharías tenía sesenta y tres años, una brillante y pálida calva, y unos ojos azules casi igual de claros que su descolorida piel, detrás de los cuales no parecía haber alma alguna, al igual que tras los de todas y cada una de sus ciento cincuenta y cuatro muñecas de porcelana. Su colección estaba cuidadosamente guardada en el ático de su casa, cuyas ventanas se había preocupado de tapiar a fin de que la dañina luz del sol no deteriorarse a sus delicadas amigas.

Cada día, sin falta, pasaba un mínimo de seis horas allí con ellas, quitándoles el polvo con la suavidad de un bailarín y peinando sus cabellos con la precisión de un cirujano, una a una. Cada muñeca poseía un nombre propio y, si alguien tuviese el estómago de prestar atención, este sería capaz de oír a Zacharías hablarles cariñoso y animadamente, dirigiéndose a ellas por ese nombre, siempre en el mismo orden.

Sin embargo, esta charla no siempre era tan alegre. Había días en que todo el vecindario le oía chillar, regañando a sus muñecas como si de un marido maltratador se tratase, quizá porque una de ellas amaneció con una trenza deshecha o porque en mitad de la noche se había caído de la estantería, fragmentándose uno de sus blancos brazos de porcelana. Y minutos después de su casa emanaba un llanto desconsolado en el que suplicaba el perdón de aquella pepona a la que hubiese gritado.

Ocurrió una noche de invierno, que un gato atigrado escaló hasta su ventana mientras él dormía. Sin que el hombre se percatase, recorrió toda la casa hasta que llegó al siniestro ático. Movido el animal por la curiosidad, comenzó a trepar por las estanterías de madera de ébano, jugando con las muñecas y tirándolas al suelo, una a una. Zacharías era un hombre mayor, y el oído le fallaba, así que el estruendo resultante de las ciento cincuenta y cuatro piezas de porcelana estrellándose contra el suelo y fragmentándose en miles de pedazos no consiguió despertarle.

A la mañana siguiente, como cada día, subió las escaleras de su casa para acicalar su colección. Sin embargo, lo único que quedaba de ella eran las cabelleras de lana de las muñecas, con las que el gato causante de tal desgracia estaba jugando en aquel preciso instante. Zacharías perdió entonces todo control sobre sí mismo. Casi sin ser consciente de lo

que hacía, agarró al felino por la cola y lo balanceó violentamente, mientras el pobre animal gruñía y maullaba, intentando inútilmente arañar al anciano.

Zacharías observó entonces que el animal llevaba atado al cuello un collar, del que colgaban un cascabel, y una etiqueta con el nombre del gato -Edgar- y una dirección. Con toda la fuerza que sus raquíticos brazos fueron capaces de ejercer, estampó a la criatura repetidas veces contra la pared que más cerca tenía hasta que se oyó el crujir de la espalda del minino, y este dejó de maullar.

Por primera vez en casi cuarenta años, Zacharías salió de su hogar. Con el pijama puesto, abrigado con una bata y calzado con sus pantuflas de andar por casa, se precipitó a cruzar la manzana, cadáver en mano, para devolver a aquella bestia a su dueño. Mientras andaba, rezaba para que este fuera un niño pequeño al que poder traumatizar como castigo por haber permitido que el gato escapase y destrozara todo lo que le era valioso en esta vida.

Sus oraciones parecieron haber sido escuchadas, y tras tocar repetidamente el timbre de la casa en la que Edgar había habitado, un niño de no más de cinco años con el pelo rubio y arremolinado apareció al otro lado de la puerta. Al ver que aquel hombre le devolvía a su gato, sus verdes ojos se abrieron con felicidad e ilusión, y cuando Zacharías le puso al animal entre los brazos, el pequeño comenzó a acunarlo con toda la dulzura y todo el amor del mundo.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que su querida mascota no reaccionaba, encantado como estaba de que estuviera permitiéndole abrazarla tanto tiempo, ya que normalmente comenzaba a revolverse y a morderle cuando lo sostenía por más de unos pocos instantes. Tan pronto como se percató de ello, con las risas de Zacharías como su siniestra banda sonora, comenzó a agitarlo gritando su nombre con lágrimas en los ojos, bajo la mirada de regocijo y sed de venganza del asesino.